

La crisis de la representación política como forma concreta de reproducirse la base específica de la acumulación de capital en Argentina *

Juan Iñigo Carrera

Centro para la Investigación como Crítica Práctica (CICP)

“y toda ciencia sería superflua si la forma de manifestarse y la esencia de las cosas coincidieran inmediatamente”. Karl Marx

El 19 y 20 de diciembre de 2001 aparecían como un punto de inflexión en la forma de hacer política en Argentina. La acción popular directa, la acción de la multitud, derrocando presidente tras presidente en repudio de toda pretensión de representación política. Las asambleas barriales, donde no se reconocía más legitimidad representativa que la surgida inmediatamente del ejercicio de la democracia directa, aprobando propuestas de rompimiento con el FMI, la nacionalización de los bancos y la reestatización de los servicios públicos privatizados. Los clubes de trueque, presentándose como alternativa a la producción por y para el capital. Pequeños ahorristas y gente común “escrachando” a bancos y políticos. Obreros poniendo en producción las fábricas abandonadas por sus dueños. Y, por sobre todas estas manifestaciones de la acción popular directa, la consigna unánime “que se vayan todos”.

Ante este panorama, surgió la imagen de que la Argentina marchaba hacia una transformación política radical. Muchos críticos de la sociedad capitalista no dudaron en afirmar que el pueblo argentino se había colocado a la vanguardia de la gestación de una nueva sociedad. Se planteaba así que, desde el punto de vista de la acción política revolucionaria, la clave estaba en la producción de un programa de consignas reivindicativas cuyo sostenimiento en la práctica de la lucha política cotidiana fuera transformando a la conciencia inmediata de resistencia popular en una conciencia revolucionaria portadora de la superación del modo de producción capitalista mismo. O, más abstractamente, se planteaba esta transformación a partir de trabajar en la construcción de una ética o de una ideología liberadoras. Se planteaba, por lo tanto, actuar sobre las condiciones abstractamente subjetivas de dicha transformación, dando por sentado que sus condiciones abstractamente objetivas ya habían sido alcanzadas, tal como lo ponía de manifiesto la crisis económica misma.

Por muy revolucionaria que parezca, semejante concepción no hace sino invertir de manera idealista la determinación de la conciencia de la clase obrera, reduciéndola a los avances y retrocesos aparentes de la misma. Y, como toda inversión idealista, sucumbe ante la crítica de la práctica.

Hoy, un año y medio después de diciembre de 2001, la más cruda de las representaciones políticas impera, renovada, sobre el pueblo argentino. Las asambleas populares se han ido agotando, no sin que antes el culto por la horizontalidad dejara paso al enfrentamiento por la representación política. Los escraches languidecieron hasta morir. Los clubes de trueque desnudaron su miseria mercantil en el más descarado despojo a sus participantes. La recuperación de fábricas por sus obreros se ha limitado a capitales de tan pequeña magnitud como para que el mero consumo individual de la plusvalía por sus propietarios haya imposibilitado su reproducción en la competencia; reproducción posibilitada ahora por las condiciones enajenadas que los obreros se imponen a sí mismos. Más aún, se ha convertido en la máscara que saca de la vista el hecho de que la gestión necesariamente científica y colectiva de los capitales más concentrados del mundo ha escapado desde hace

* Una versión abreviada de este artículo fue publicada en *Revista da Sociedade Brasileira de Economia Política*, Rio de Janeiro, Número 15, dezembro 2004, páginas 88-110.

mucho tiempo a la subjetividad de los capitalistas, imponiéndose en lugar de ésta la subjetividad de los vendedores de fuerza de trabajo, o sea, de la propia clase obrera. En otras palabras, se la presenta ideológicamente invertida como prueba de que a la clase obrera le cabe, a lo sumo, tomar en sus manos la gestión del pequeño capital, es decir, del que ya no puede participar en el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad. Por su parte, el movimiento piquetero muestra que su potencialidad transformadora no pasa de la de ser la forma necesaria de subsistencia cotidiana de la población obrera crecientemente sobrante para el capital, en donde hasta los defensores de la horizontalidad democrática acaban prisioneros del clientelismo político. Ahora, a los ojos del mundo, la trascendencia de la progresividad política argentina se reduce a la fascinación por un presidente que es presentado como la encarnación rediviva de las inmundicias de la “tercera vía”.

Entre los críticos del capitalismo, la euforia revolucionaria ha dejado paso al discurso autojustificativo y a la reproducción de la ilusión latente: la “incomprensión”, el “autoritarismo”, los “errores”, la “inconsecuencia”, la “falta de conciencia”, etc., de los otros, o el “apaciguamiento” que sigue a la rebelión, o la “fuerza” del enemigo; pero, eso sí, queda la “experiencia histórica” y, la “próxima vez”, ah, “la próxima vez”, con esta experiencia acumulada, ...

La conciencia de la clase obrera argentina no es sino la expresión de su ser social. Y éste se encuentra concretamente determinado por el modo específico en que se organiza la producción material de su vida. Para poner verdaderamente en evidencia las potencias históricas de la clase obrera argentina y, por lo tanto, para contestarse acerca del qué hacer respecto de la situación política actual para expresar en ella los intereses generales de la clase obrera, es necesario partir de contestarse por el carácter específico del proceso nacional argentino de acumulación de capital. No se trata de esperanzarse con que el grado alcanzado por la conciencia política del pueblo va a engendrar por sí el cambio en el proceso nacional de acumulación de capital sino, por el contrario, de descubrir qué cambios en este proceso son los que han tomado forma concreta necesaria en el auge de la acción popular directa y, de ahí, conocer su potencialidad histórica.

La realidad de la economía argentina en el último cuarto de siglo¹

Los economistas neoliberales han difundido la imagen de que la profunda crisis argentina actual no tiene más base que la falta de confianza interna y externa generada por el propio conflicto social. Presentan como prueba irrefutable el crecimiento que tuvo el volumen físico del PIB durante la década anterior. En efecto, en el promedio del período 90/01, el nivel de actividad económica superó en un 26% al del período 75/89 (caracterizado por el estancamiento) y en un 73% al del período 60/74 (de sostenida expansión). Ante semejante crecimiento, los propios economistas críticos del neoliberalismo han planteado que la crisis no tiene su raíz en las condiciones de producción sino en las de distribución: bastaría un *shock* de demanda logrado vía una distribución del ingreso más equitativa para que la economía argentina retomara la senda del crecimiento. Así, la violenta caída del 11% del PIB en 2002 es presentada como un tropiezo en el camino del crecimiento; camino que, apenas restablecida la “paz social”, ha sido retomado mediante el salto adelante del 6% pronosticado para 2003. Se diría que la evolución del PIB a precios constantes de un año base no hace sino confirmar que nos encontramos ante un proceso nacional de acumulación de capital que pugna por participar activamente en el desarrollo de las fuerzas productivas sociales.

¹ Los datos que siguen han sido extraídos de Iñigo Carrera, Juan, “Estancamiento, crisis y deuda externa. Evidencias de la especificidad del capitalismo argentino”, *Ciclos*, 23, 2002. Se los ha actualizado aplicando los mismos criterios.

Sin embargo, bien sabemos que en las sociedades donde impera el modo de producción capitalista la riqueza social no se presenta simplemente bajo la forma de un cúmulo de valores de uso o bienes. Lo hace bajo la forma específica de ser un cúmulo de valor. Dicho de otro modo, es obvio que no basta con poseer más bienes para ser más rico; lo que importa es la suma del valor de esos bienes.

En términos reales de poder adquisitivo, el PIB promedio apenas creció un 24% desde el período 60/74 al 90/01. Peor aún, en el período 90/01 cayó un 10% por debajo del valor correspondiente al período 1975/89. Sí, durante su período de aparente expansión sostenida en base al crecimiento de la escala de actividad, la economía argentina perdió una décima parte de su valor. Y para 2002 este valor se ubicó un 15% por debajo del nivel que ya había alcanzado en 1974. En síntesis, el volumen físico incrementado encierra una masa contraída de riqueza social. *El valor producido anualmente por la economía argentina ha permanecido estancado, y más bien en retroceso, durante el último cuarto de siglo.*

Para poner la cuestión en términos inmediatamente visibles, el valor del PIB de la Argentina alcanzaba en el 60/74 para comprar mensualmente 18 millones de las canastas de bienes y servicios sobre las que se computa el índice de precios al consumidor. En el 75/89, equivalía a 24 millones de canastas, cayendo en el 90/01 a 22 millones de canastas. Mientras, la población pasaba de 23 millones a 29 millones y 34 millones en el promedio de cada uno de esos períodos. *Estas evoluciones relativas implican una equivalencia de 0,77 canastas por habitante por mes en el período 60/74, de 0,84 en el período 75/89 y de sólo 0,64 en el período 90/01. Para el año 2002 esta equivalencia cayó a 0,61 canastas.* En 1960, la economía argentina tenía una magnitud equivalente al 3,1% de la norteamericana; en 2001 esta proporción había caído al 1,6%; en 2002 al 1,4%.²

Así y todo, la cuestión no termina aquí. Porque, también sabemos que la producción capitalista no tiene por objeto la mera producción de valor, sino la producción de plusvalía. De modo que el límite específico con que choca la escala de la producción de riqueza social podría serle indiferente al capital si no resultara en un límite igualmente específico a la apropiación de plusvalía.

La plusvalía neta de los gastos corrientes de circulación (y a la que se suma el valor del capital fijo consumido durante el año) creció del período 60/74 al 75/89 en un 90%, pese a que el crecimiento del producto de valor no superó el 40%. Sin embargo, la contracción del 10% en el producto de valor entre 75/89 y 90/01 sólo permitió expandir la plusvalía neta en un 8% a expensas de la brutal caída del salario. En 2002, la contracción del 7% en el valor del producto, contrasta cruelmente con un aumento del 5% en la plusvalía disponible, al retroceder el salario un 20%; el salario real industrial se ubicó, así, en el 44% del nivel alcanzado en 1974. Para encontrar un salario industrial de igual poder adquisitivo en Argentina es necesario retroceder hasta 1933. Sí, hasta 1933.

La acumulación de capital sólo ha podido sostenerse durante el último cuarto de siglo a expensas de la compraventa sistemática de la fuerza de trabajo cada vez más por debajo de su valor. Por lo tanto, sólo ha podido sostenerse a expensas de minar la propia base de su reproducción normal. La clase obrera argentina se ha visto así progresivamente despojada hasta de la posibilidad de reproducir su fuerza de trabajo con los atributos productivos que había alcanzado antes de comenzar este proceso. Resulta claro que, desde mucho antes de la crisis actual, el proceso nacional de acumulación de capital presenta una tendencia específica a la formación de una población obrera sobrante, y que la misma brota de manera inmediata del estancamiento y retroceso en la magnitud de valor que le cabe producir a la economía argentina. *No es simplemente la escala de la economía argentina la que choca contra un límite específico a su expansión, sino que es la propia acumulación de capital la que lo hace.*

² Computado en términos de paridad de poder adquisitivo.

*La especificidad de la acumulación de capital en la Argentina*³

A primera vista, la economía argentina presenta las características de un país donde el capital industrial se ha desarrollado de manera normal. Se observa una marcada tendencia hacia la centralización del capital, con fuerte presencia de los capitales más concentrados del mundo. Pero estos capitales producen esencialmente en una escala restringida al tamaño del mercado interno. Sólo exportan en base a programas especiales de promoción o bajo condiciones coyunturales excepcionalmente favorables. Salta a la vista aquí la primera peculiaridad: ¿cómo se explica que en un mercado interno que hoy apenas alcanza a los 38 millones de habitantes, de los cuales la mitad se encuentra por debajo de la línea de pobreza, haya habido espacio para las fábricas de todos estos capitales concentrados?

La respuesta se encuentra en la pequeña escala con que operan las fábricas locales en comparación con las que las mismas empresas utilizan para producir para mercados internos sustancialmente mayores o directamente para el mercado mundial. De hecho, buena parte de las fábricas locales se encuentran montadas con el equipamiento que las mismas empresas han desechado por obsoleto en sus países de origen ante la expansión de la escala de producción. Pero pequeña escala, y sus secuelas sobre la actualización técnica, significan menor productividad del trabajo. Menor productividad del trabajo significa mayores costos y, luego, la imposibilidad de valorizar el capital a la tasa general de ganancia.

La presencia de los capitales más concentrados del mundo, pero que producen en el país en la pequeña escala correspondiente al mercado interno, ha caracterizado a todo el sector industrial argentino durante los últimos cuarenta años. Por lo tanto, en la economía argentina debe existir un flujo de riqueza social adicional a la plusvalía apropiada de manera simple por los capitales industriales que los compense por los mayores costos originados por su escala particularmente restringida.

Hoy día, este flujo surge en buena medida de la caída del salario por debajo del valor de la fuerza de trabajo. Pero ni siquiera así la baratura relativa de la fuerza de trabajo nacional puede ser, ni mucho menos haber sido históricamente, su fuente principal. De haberlo sido, los capitales industriales normalmente concentrados no habrían restringido su producción local al mercado interno sino que habrían producido normalmente desde el país para el mercado mundial.

En cambio, la presencia masiva de pequeños capitales locales ha sido uno de los rasgos específicos del proceso nacional argentino de acumulación de capital. Si el precio de producción de sus mercancías se ubica por encima del que corresponde a la capacidad de valorización normal concreta de estos capitales (regida esencialmente por la tasa de interés), la porción de plusvalía correspondiente es apropiada como ganancia extraordinaria por los capitales más concentrados que se vinculan con ellos en la circulación.⁴ Esta masa de ganancia extraordinaria constituye la segunda fuente de compensación para los capitales medios que operan en el país con una escala específicamente restringida.

Pero la fuente esencial de compensación la constituye la renta diferencial de la tierra agraria de la pampa argentina (en el último cuarto de siglo también se ha sumado con magnitud significativa la de las tierras que contienen petróleo, gas y fuentes de energía hidroeléctrica). La asociación en la apropiación de la renta entre los terratenientes y el capital industrial concentrado en la escala requerida para competir en el mercado mundial pero que

³ Este desarrollo sintetiza el realizado en Iñigo Carrera, Juan *La acumulación de capital en la Argentina*, CICP, 1998.

⁴ Iñigo Carrera, Juan, *El capital: Razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia*, Ediciones Cooperativas, Buenos Aires, 2003, capítulo 5.

aquí opera como un capital de escala restringida, es la base sobre la que se ha levantado la especificidad del proceso nacional argentino de acumulación de capital. Es, por lo tanto, la base de su retroceso y crisis actual.

La apropiación de la renta diferencial de la tierra por el capital industrial ha seguido distintos caminos. Algunos de ellos la hacen pasar primero por las manos del estado nacional vía impuestos especiales a las exportaciones agrarias, precios regulados o el monopolio del comercio exterior. De allí siguen su curso a los bolsillos de los capitales industriales bajo la forma de subsidios, las compras realizadas por el estado y sus empleados, etc. En otros casos, el estado puede regir este curso de apropiación de manera indirecta. Por ejemplo, mediante la generación de déficit público cubierto con emisión monetaria que convierte a la tasa de interés real en fuertemente negativa, siendo los terratenientes colocadores netos de capital a préstamo. O mediante la sobrevaluación de la moneda nacional que implica la importación abaratada de insumos industriales y la multiplicación cambiaria de las ganancias remitidas al exterior. Esta última ha sido la modalidad imperante durante la década pasada y la que ahora ha entrado en una crisis violenta.

Las modalidades de apropiación de la renta de la tierra que hemos mencionado no afectan la capacidad normal concreta de valorización del capital agrario, pero sí limitan la escala de su aplicación extensiva e intensiva sobre la tierra. Lo cual, a su vez, repercute negativamente sobre la innovación técnica. Por su parte, los capitales industriales que producen mercancías en general tienen su escala específicamente restringida al tamaño del mercado interno. De modo que dentro del ámbito nacional sólo caben capitales industriales que operan con escalas ya superadas a nivel mundial por el desarrollo de la productividad del trabajo. En unos casos, por tratarse simplemente de pequeños capitales. En los otros, por tratarse de fragmentos particularmente restringidos de capitales medios.

Estos últimos capitales logran así acumularse liberados de los costos que les impone su papel histórico en el desarrollo de las fuerzas productivas. Sin ir más lejos, pueden convertir algo que ya es chatarra en los países donde la acumulación se realiza de la manera general, en un capital flamante listo para valorizarse a la tasa general de ganancia, cuando no a una extraordinaria, gracias a la forma específica que toma la acumulación aquí. Bajo la apariencia de tratarse de un proceso nacional ordinario de desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad cuya peculiaridad se reduce a basarse en una abstracta "sustitución de importaciones", el proceso argentino de acumulación de capital actúa como un factor contrarrestante a ese desarrollo.

Esta contradicción que caracteriza a la economía argentina se manifiesta también de manera específica. La centralización del capital tiende a liquidar a los pequeños capitales, estrangulando la plusvalía liberada por ellos y que sostiene la valorización de los capitales más concentrados. Pero, al mismo tiempo, la concentración y centralización interna del capital no tiene cómo evitar la profundización de la brecha entre la productividad del trabajo acotada por el tamaño del mercado interno y la que corresponde a la producción para el mercado mundial. A su vez, la privatización de las empresas públicas borra el papel del estado en la multiplicación del mercado interno. En cambio, suma una masa de capitales privados que demandan su cuota en la apropiación de la renta de la tierra, el valor de la fuerza de trabajo y la ganancia liberada por los pequeños capitales.

Pero hay un factor que torna agudo el desarrollo de la contradicción inherente al proceso argentino de acumulación de capital. A comienzos de la década de 1970 la renta de la tierra agraria aumenta de manera substancial, multiplicándose por ocho la parte apropiada por el capital industrial en el período 72/76 respecto del promedio del período 60/71. Pero, a partir de este pico, la renta de la tierra agraria entra en un proceso gradual de contracción a nivel mundial. Esta contracción resulta básicamente de la confluencia de dos procesos. Por una parte, el capital ha logrado fragmentar internacionalmente los procesos de producción,

incorporando fuerza de trabajo barata y con una jornada de trabajo más prolongada para realizar el trabajo más simple; por ejemplo, en el sudeste y este asiáticos, México, etc.⁵ Esta incorporación ha resultado en un crecimiento más lento en el consumo de mercancías agrarias. Por la otra parte, la productividad del trabajo agrario basada en la independencia respecto de los condicionamientos naturales diferenciales ha crecido de manera acelerada, sostenida por las políticas de los estados nacionales de la Unión Europea y los Estados Unidos.

Con la renta de la tierra en descenso y su requerimiento de ella en ascenso, la escala de la acumulación de capital va perdiendo su base específica de sustento y entra en la misma pendiente. Lo cual no hace sino encoger más aún la ganancia liberada por el pequeño capital y multiplicar la separación entre la escala del mercado interno y el mundial. Se agudiza así el estancamiento y contracción de la economía nacional. La consecuente multiplicación de la superpoblación obrera sirve de base para que el pago de la fuerza de trabajo por debajo de su valor se constituya en el factor clave de compensación para los capitales que operan internamente.

A su vez, la sobrevaluación del peso no sólo actúa como mediadora en la apropiación de la renta de la tierra, sino que por la forma en que lo hace atenúa el carácter restringido de la escala interna. Tiene este efecto vía la importación de medios de producción pagados con el peso sobrevaluado y con aranceles rebajados, lo cual los abarata doblemente respecto de su producción local. Otro tanto ocurre con la disminución del valor de la fuerza de trabajo a través de la importación de medios de vida para los obreros. De modo que, así como el proceso nacional de acumulación extiende su reproducción en base a la sobrevaluación y la apertura importadora, esta base no hace sino agudizarle su propia estrangulación.

Para mantener la moneda nacional fuertemente sobrevaluada por diez años se requiere de la formación y mantenimiento de una reserva de divisas cuya magnitud contenga toda movimiento cambiario en su contra. Pero una economía nacional cuya magnitud de valor se encuentra en retroceso, cuya reproducción requiere de la expansión de las importaciones, y con la renta de la tierra tendiendo a contraerse, no tiene modo de generar esas reservas por sí misma. ¿De dónde las obtenía la economía argentina? La respuesta se encuentra en la expansión real de la deuda pública externa.

Existe la idea - crítica en apariencia - de que el pago de los servicios de la deuda externa pública ha implicado una sangría permanente de riqueza hacia el exterior que ha acabado por causar el colapso de la economía nacional. Sin embargo, durante toda la historia moderna de la deuda pública externa a partir de la década de 1960, la Argentina ha recibido un flujo neto continuo de riqueza social vía el crecimiento efectivo del endeudamiento público externo por encima de los vencimientos de capital e intereses.⁶ Fue con estos fondos adicionales, más el producto de la privatización de las empresas públicas a manos de capitales extranjeros, que el estado nacional formó las reservas que sostenían la sobrevaluación. Pero la sobrevaluación misma actuaba como un estímulo al flujo de divisas hacia el exterior por parte del sector privado. De modo que, tan pronto como el estado nacional engrosaba las reservas mediante el aumento real de su endeudamiento externo, el sector privado las drenaba hacia el exterior. Lo cual renovaba constantemente la necesidad de ampliar dicho endeudamiento sólo para mantener la sobrevaluación del peso.

Este círculo vicioso de apropiación privada de riqueza social a través de la política activa del estado nacional neoliberal, se sostenía sobre dos ficciones, una externa y la otra interna (y cuando digo ficciones no me refiero a una abstracta ilusión, sino a una forma

⁵ Iñigo Carrera, Juan, *El capital: Razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia*, op. cit., capítulo 2.

⁶ Por el cómputo de este movimiento ver Iñigo Carrera, Juan "Estancamiento y deuda externa: Evidencias de la especificidad de la acumulación de capital en la Argentina", *Ciclos*, 23, 2002.

concreta necesaria de realizarse la acumulación de capital a través de la aceptación consciente por los interesados de una apariencia cuyo contenido es el opuesto a ella). La ficción externa brotaba del avance de la superproducción general de capital en la economía mundial. El capital producido en exceso pasa a circular como capital ficticio, o sea, como un capital colocado en títulos de crédito que aparenta conservar su capacidad de valorización por la mera adición de unos intereses tan irrealizables como él mismo. Mientras el avance de la superproducción general conservaba la apariencia de ser un mero proceso de acumulación basado en el crédito, el estado argentino encontraba de dónde obtener el flujo adicional de divisas para reponer sus reservas. Pero en el año 2001 la superproducción general de capital se tornó crítica, interrumpiéndose la ampliación efectiva del capital ficticio mundial. Por su parte, el acceso ampliado al capital ficticio mundial tiene como condición la capacidad aparente de la economía nacional para afrontar los servicios correspondientes. La ficción interna se alimentaba, entonces, de las mismas apariencias creadas por la sobrevaluación, la apertura económica, las privatizaciones, etc. respecto del tamaño y crecimiento de la economía argentina. Pero la realidad también se abrió paso aquí. Se agotaron los bienes públicos privatizables. El choque del proceso nacional de acumulación de capital contra su límite específico se hizo notable en el estancamiento y retroceso del valor del producto interno y, de manera brutal, en el crecimiento del desempleo. Y contra este estancamiento y retroceso resaltaba cada vez más el continuo crecimiento de la deuda externa pública por la adición al saldo de los intereses devengados y el ingreso efectivo de nuevos fondos. A su vez, esta evidencia arrastraba a la tasa de interés, aumentando el saldo de la deuda de manera explosiva.

Así y todo, el eje de la cuestión no pasaba por la incapacidad manifiesta de pago de la deuda ya contraída. Los tenedores de capital ficticio están dispuestos a renovar la ficción hasta lo insostenible antes que reconocer su verdadera naturaleza. Y si a partir de 1999 los acreedores públicos externos directos comenzaron un discreto retiro efectivo de parte de los intereses vencidos, este retiro pasó a ser cubierto por otros que le prestaron indirectamente al estado argentino a través de la mediación del sistema financiero local y por los capitales ficticios de origen argentino (en particular, los fondos privados de jubilación) que suscribieron nueva deuda operando desde el exterior.

Pero lo que la crisis mundial y la crisis nacional, agudizada como expresión específica de la primera, tornaron insostenible fue la expansión efectiva de la deuda para reponer las reservas de divisas drenadas por el sector privado. Este proceso dio sus dos últimos estertores: el “blindaje” y el “megacanje”. La imposibilidad de una nueva expansión efectiva explotó, entonces, como una crisis del endeudamiento público externo. La evidencia de que el estado nacional no podía reponer las reservas aceleró su drenaje privado, realimentando la evidencia de que la sobrevaluación del peso marchaba a su fin. Comenzó entonces la corrida contra los depósitos bancarios para convertirlos en dólares contantes y sonantes, aun cuando ellos se encontraban nominados en moneda extranjera y bajo la protección de los mayores capitales bancarios del mundo. Se trataba de dos ficciones más que a esa altura resultaban insostenibles.

El capital bancario demandó a gritos al estado nacional que le preservara la ficción de su solvencia. El estado respondió imponiendo el “corralito” a los depósitos. La crisis económica explotó por todos lados: se cortó todo tipo de crédito, cayó violentamente la recaudación impositiva, se multiplicaron las quiebras y cierres de empresas, la desocupación no paró de crecer, etc. La inminencia de la devaluación anunciaba más caída del salario real, aumento de costos y pérdidas incontables en una economía nacional que tenía la generalidad de sus contratos internos nominados en moneda extranjera.

¿Qué forma política iba a tomar este proceso que conjugaba una caída substancial del salario real, una violenta contracción en la actividad económica y el default internacional?

La representación política de la acumulación de capital en la Argentina

En sus orígenes, la clase terrateniente ejercía la representación política general del proceso nacional de acumulación de capital. Pero a medida que el capital industrial fue tomando peso en su condición de socio en la apropiación de la renta de la tierra agraria, los terratenientes quedaron relegados a un lugar secundario.

El desarrollo del ámbito nacional como un espacio para la acumulación de los capitales normalmente concentrados a escala mundial pero que desprenden fragmentos de sí para ponerlos a valorizar aquí del modo específico visto, tenía por condición la presencia masiva del pequeño capital. Esta presencia da al mercado interno el tamaño mínimo necesario y se constituye en una de las fuentes de apropiación de plusvalía que compensa la escala específicamente restringida con que van a operar dichos fragmentos. Históricamente, entonces, el desarrollo de la especificidad actual de la acumulación de capital en la Argentina pasó por la transformación general de la renta de la tierra en una masa de pequeños capitales nacionales. Esta expansión del pequeño capital no sólo absorbió a la población obrera ya en activo sino que la multiplicó en masa. Se presentó, así, como la base misma de generación de la clase obrera argentina.

La pequeña burguesía y la clase obrera nacionales confluyeron entonces en la expresión política general con que se consolidó la génesis de la especificidad del proceso nacional de acumulación de capital durante la década de 1940: el populismo peronista.

De allí en más, la reproducción inmediata de la clase obrera argentina como una población obrera en activo y la de la pequeña burguesía nacional como tal quedó ligada a la reproducción de la especificidad del proceso nacional de acumulación. Y esta reproducción no engendró sino la entrada masiva de los capitales concentrados de manera normal a escala mundial pero que operan específicamente fragmentados dentro del país a partir de la década de 1950. Por su origen externo, a estos capitales no les cabe estar representados políticamente en el país por su propia burguesía. Pero, con su acumulación puesta como condición para la reproducción de la economía nacional, pueden delegar su representación política interna en el mismo movimiento populista y en el cuerpo diplomático de sus países de origen. El "desarrollismo" expresó de manera acabada esta representación política. Más aún, en todo momento, la apropiación de la renta de la tierra se ha realizado con la mediación de la acción del estado nacional como representante político general del capital total que se valoriza en el país. La propia burocracia estatal, en particular la armada, cobró así la capacidad para detentar una representación política aparentemente propia. Cuando la acumulación nacional de capital florecía por la expansión circunstancial de la renta de la tierra, su expresión política general quedaba en manos de un gobierno democrático populista con presencia dominante de los representantes de la pequeña burguesía y la clase obrera. El populismo de estos gobiernos era más vigoroso o más tibio -lo cual tenía por condición la proscripción política del populismo pleno- según la intensidad presentada por la fase expansiva a la que daban forma concreta. Cuando llegaba el momento de la contracción, dicho lugar lo ocupaba una dictadura militar en la cual participaban activamente los directivos locales de los capitales extranjeros y los siempre presentes pequeños burgueses nacionales cuyos capitales están lo suficientemente concentrados como para valorizarse de manera semejante a la de aquéllos.

Como producto de la especificidad del proceso nacional de capital, la izquierda argentina no ha pasado de representar políticamente la reproducción de esa especificidad. En esta reproducción no le cabe ser el representante político general de la clase obrera. Su papel específico se encontraba acotado a ponerse al frente de las luchas por el salario y el gobierno democrático con que se abrían las fases expansivas, bajo la apariencia de que podía estar en

juego la superación del modo de producción capitalista mismo. Pero cuando la expansión se consolidaba, los partidos de izquierda se veían sobrepasados por el simple populismo. Y en cuanto comenzaba la contracción, se convertían en el chivo expiatorio sobre el que se imponía la dictadura militar.

De hecho, no ya la oscilación entre fases expansivas y contractivas, sino la tendencia al estancamiento y retroceso de la escala de la economía argentina se abre hace un cuarto de siglo bajo la forma política de la instauración de la más sangrienta de las dictaduras militares. Esta se impone sobre la apariencia de que la expansión del proceso nacional de acumulación daba curso a su superación socialista. De ahí en más, la reproducción de la especificidad de la economía argentina arrastró tras de sí la liquidación creciente de la pequeña burguesía y la transformación también creciente de la clase obrera en una población sobrante para las necesidades del capital. Pero tanto una como la otra clase siguen sujetas en la reproducción inmediata de lo que les queda a la reproducción de la especificidad del proceso nacional de acumulación. La alianza entre la pequeña burguesía y la clase obrera sigue detentando la representación política general de este proceso. Pero ahora los períodos de expansión circunstancial de la renta ya no alcanzan a revertir las manifestaciones del carácter sostenido del retroceso. Con lo cual la democracia adquiere continuidad pese a la profundización de las crisis. Es así que, a través del discurso formalmente populista, toma forma política concreta la realización cada vez más descarnada de un proceso de acumulación de capital que sólo puede reproducir a la pequeña burguesía y a la clase obrera a expensas de aniquilarlas aceleradamente en abierto beneficio de los capitales más concentrados.

Esta evolución de la fuerza política de la clase obrera tiene una expresión inmediata. En 1976, sólo una sangrienta dictadura militar sistemáticamente dedicada a hacer desaparecer a los delegados gremiales de base, con las tropas en las fábricas, pudo hacer caer el salario real en un 35% respecto del nivel que había alcanzado en el trienio 73/75. En la década del 90, el salario real pasó a tener de manera normal un nivel que llevó esa caída al 40%. Pero, ahora, este nivel más deprimido aún se alcanzó y mantuvo a través de la acción de un gobierno peronista, encabezado por el partido Justicialista, que representa políticamente de manera masiva a la clase obrera nacional. Y la misma caída se prolongó con otro gobierno democrático, el de la Alianza opositora al Justicialismo, para el que, ser progresista, se reducía a enunciar la administración honesta de la miseria progresiva. Tal el grado de debilitamiento sufrido por la fuerza política y sindical de la clase obrera argentina a lo largo del último cuarto de siglo.

Sin embargo, la devaluación inevitable iba a originar una caída del salario real de tal magnitud que sólo podía regirla un gobierno capaz de garantizar la parálisis absoluta del movimiento obrero. Y esta capacidad le corresponde al peronismo, al cual responden tanto la CGT oficial como la disidente MTA. Al mismo tiempo, tampoco podía declarar el default internacional el gobierno que hasta el día anterior insistía en que la renegociación de la deuda externa era una realidad inmediata y que la convertibilidad sería mantenida a rajatabla. Por el contrario, dada su naturaleza, la devaluación y la cesación de pagos necesitaban tomar la forma política de una afirmación de la autonomía nacional. Otra vez, el populismo peronista era la expresión política apropiada. Pero el gobierno de la Alianza se encontraba en medio de su mandato. De modo que el peronismo sólo podía llegar al poder ejecutivo previo derrocamiento del presidente De La Rúa.

¿Un golpe militar? Para qué, si la sola presencia de un 18% de desempleo como base para la multiplicación de la población sobrante que iba a generar la reproducción del proceso nacional de acumulación garantizaba la debilidad de toda resistencia obrera, hasta el punto de que dicha multiplicación podía regirla el partido político del propio movimiento sindical. Por el contrario, el derrocamiento no sólo ha de tomar una forma democrática. Ha de tomar una forma que aparezca como la expresión más plena del ejercicio democrático por las propias

bases sociales del gobierno de la Alianza: una crisis de la legitimidad de la representación política sobre la cual se imponga el ejercicio de la democracia directa por la pequeña burguesía y la porción de la clase obrera que realiza el trabajo más complejo.

Sin embargo, para alcanzar la plenitud necesaria, esta crisis política necesitaba de un detonante que no podía quedar librado a la acción espontánea y horizontal de dichos sujetos sociales. Y este papel lo iban a jugar los saqueos. Los saqueos tuvieron muy poco de acción política espontánea. Y, menos, de organización política horizontal. Por cierto, tuvieron en su base la situación de miseria desesperante a la que la marcha de la acumulación de capital estaba condenando a la población obrera argentina. Pero resulta por demás expresivo que, después de diciembre, no se produjeron nuevos saqueos pese al aumento marcado de la desocupación y la caída brutal del salario real.

Los saqueos fueron un fenómeno corriente en la periferia, que penetró hasta los barrios más empobrecidos de la propia ciudad de Buenos Aires. Es público y notorio que, en la provincia de Buenos Aires, los saqueos fueron impulsados por el aparato del partido Justicialista, cuya dirección ejerce Duhalde. Los punteros políticos del justicialismo convocaron a la población anunciando que en tal o cual lugar se iban a distribuir víveres, y luego lanzaron a sus cuadros como punta de lanza del saqueo.⁷ El 19 de diciembre, la ciudad se vio dominada por los rumores, cuidadosamente difundidos, de que los saqueadores iban a avanzar sobre los comercios y viviendas de los barrios más prósperos. Toda la ciudad se preparó: aun en pleno centro financiero, los comercios cerraron poco después del mediodía y reforzaron sus cortinas metálicas. En los barrios periféricos, los vecinos pasaron la noche en vela formando grupos de vigilantes. El presidente declaró el estado de sitio y ofreció la cabeza del ministro Cavallo. Pero insistió en que no iba a dejar el poder; un poder ya socavado hasta el grotesco. Y, en este clima, el detonante provocó la explosión: los cacerolazos espontáneos de la pequeña burguesía y de los obreros calificados.⁸ A los cacerolazos siguió la marcha sobre Plaza de Mayo, donde el gobierno, impotente, reprimió brutalmente a sus propias bases sociales. El presidente huyó al grito de “que se vayan todos”.

Pero no se fueron todos. Caído el gobierno, la mayoría peronista del Congreso, con el apoyo de los legisladores de la Alianza derrocada, eligió como presidente a Rodríguez Saá, que se presentaba como la más pura reencarnación del populismo nacionalista. Rodríguez Saá declaró el *default*, festejado como un triunfo nacionalista por los propios legisladores que habían avalado fielmente toda la acción neoliberal de Menem. Pero, al mismo tiempo, esta línea del populismo tenía una expresión directa en el movimiento sindical. Y, declarado el *default*, la reproducción del proceso nacional de acumulación de capital imponía la reapertura de las negociaciones con el FMI, junto con una violenta caída del salario real y la expansión del desempleo. Apenas en una semana, ya se había agotado el tiempo de que el populismo nacionalista actuara como el representante político general de esa reproducción. La misma estructura política que lo había designado le retiró el apoyo. Su vinculación con la burocracia sindical y otros adláteres con frondoso prontuario policial bastaron para que la pequeña burguesía y la porción de la clase obrera que realiza el trabajo más complejo realizaran otro cacerolazo. Rodríguez Saá se vio forzado a renunciar.

La Asamblea Legislativa designó como presidente a Duhalde. O sea, a la cabeza del aparato político que inició la acción popular directa. Con la cesación de pagos declarada y la

⁷ Amato, Alberto y Lucas Guagnini, “La trama política de los saqueos de diciembre” en “El estallido de violencia social”, Clarín, 19/5/2002.

⁸ Ningún observador atento pudo dejar de notar un aspecto por demás expresivo de la protesta espontánea en la ciudad de Buenos Aires. Al unísono con los cacerolazos, desfilaban frente a la elegante residencia del ministro de economía Cavallo haciendo sonar sus bocinas en repudio, las camionetas 4X4 y los autos de lujo importados al calor de la convertibilidad por los partidarios más prósperos del neoliberalismo. Es que el “corralito” les había hecho descubrir los pies de barro de su ídolo, y había llegado la hora de voltearlo.

devaluación como condición central para la reapertura del sistema bancario después de casi quince días sin funcionar, Duhalde ya se encontraba en condiciones de devaluar y de reiniciar las negociaciones con los acreedores internacionales. La violenta contracción económica, la declaración del *default* y la caída del salario real habían desarrollado ya su forma política necesaria.

En la caída del gobierno el 20 de diciembre de 2001 confluyeron dos formas de acción política popular. En las zonas de mayor pauperismo y alejadas del centro de la ciudad, los saqueos. Estos fueron articulados por una organización política que se ha ido consolidando con el propio deterioro de las condiciones de reproducción de la población obrera, basada en una compleja relación donde confluyen acción política, clientelismo, delincuencia común, delincuencia policial y “barras bravas”.⁹ En las zonas más prósperas y cercanas al centro de la ciudad, los cacerolazos y la marcha sobre la Plaza de Mayo. En este caso, se trató de un movimiento espontáneo que convergió con la movilización de los partidos de izquierda bajo la consigna “que se vayan todos”. A través de la unidad de determinación de estas dos acciones políticas de forma y contenido aparentemente contrapuestos, el proceso nacional de acumulación de capital se ha reproducido, una vez más, sobre su base específica.

Qué crisis de la representatividad política

La profunda crisis en que se reprodujo la modalidad específica tomada por la acumulación de capital en la Argentina alcanzó así su punto culminante bajo la forma concreta de una crisis general de la legitimidad de la representación política formal

La valorización del capital basada específicamente en la apropiación de la renta de la tierra a través de la mediación política del estado que compensa su escala insuficiente se realiza necesariamente como un proceso de rapiña en donde los capitales individuales compiten entre sí. Por supuesto, la corrupción es inherente al modo de producción capitalista, donde cada uno lleva en el bolsillo su relación social general y, por lo tanto, su capacidad para apropiarse el producto social. Pero aquí la corrupción relacionada a toda forma de poder emanado del aparato del estado se encuentra específicamente exacerbada. Más aún, su exhibición se convierte en expresión del poder social del que se dispone. Y cuanto más choca la acumulación nacional de capital con su límite específico, más agudo se torna en ella el papel jugado por el ejercicio descarado de la representatividad política en beneficio personal.

La crisis de legitimidad de la representatividad política no surgió entonces, ni siquiera en la clase obrera, como expresión de la conciencia acerca del límite específico que presenta el proceso nacional de acumulación de capital. Surgió bajo la apariencia de que la crisis económica ha nacido de la incapacidad por parte de los representantes políticos para reproducir las viejas condiciones de vida de la pequeña burguesía y la clase obrera, por despilfarrar la riqueza social en beneficio propio y de los capitales que disponen de los fondos suficientes para comprarles sus servicios. Se pretende entonces la reproducción de la especificidad de la economía argentina libre de las consecuencias forzosas de esa reproducción. La impotencia de esta pretensión es el verdadero contenido del “que se vayan todos” como propuesta de acción política ante la crisis. Por eso, así como esta consigna imperaba en los barrios donde predominan la pequeña burguesía y la clase obrera que realiza el trabajo más complejo, su otra cara en los barrios donde predomina la clase obrera que realiza el trabajo más simple ha sido el refuerzo de los grupos de choque que responden a los punteros populistas locales en esa compleja relación a la que ya hicimos referencia.

⁹ Guagnini, Lucas, “El rol de las ‘bandas de la droga’” en “El estallido de violencia social”, Clarín, 19/5/2002. Young, Gerardo, Lucas Guagnini y Alberto Amato, “La [Policía] Bonaerense y sus dos caras durante los saqueos” en “El estallido de violencia social”, Clarín, 20/5/2002.

El abismo entre la apariencia y la esencia del “que se vayan todos” pone en evidencia el verdadero contenido de las muy difundidas ilusiones acerca de que a partir del 19 y 20 de diciembre el pueblo argentino ha dado un salto cualitativo en el desarrollo de su conciencia política respecto de tomar el poder en sus propias manos. Más aún, que ha dado este salto en su capacidad para superar al capitalismo mismo. Y ni que hablar de las ilusiones acerca de que ha avanzado en esta capacidad precisamente por haberse afirmado contra el ejercicio del poder. Muy al contrario de estas ilusiones, el “que se vayan todos” expresa en realidad la impotencia para tomar el poder en las propias manos.

Las elecciones presidenciales de 2003 muestran que la reproducción cada vez más degradada de la especificidad de la acumulación de capital en la Argentina ha vuelto a expresarse simplemente en su representación política general. El supuesto salto adelante en la acumulación de conciencia transformadora se ha desarrollado en el resurgimiento de las ilusiones y esperanzas acerca de esta representación. La realidad de la brutal caída del salario y el aumento del desempleo se van desdibujando en la ilusión de un crecimiento del 6% para 2003, o sea, en la ilusión de un producto que se ubica por debajo del de la profunda crisis de 2001.

El capital

Hasta aquí puede parecer que la muy distinta conclusión a la que llegan quienes creen descubrir en el “que se vayan todos” el germen de la superación del capitalismo - con o sin toma del poder - y lo expuesto aquí surge de un diferente enfoque respecto del proceso de acumulación de capital en la Argentina. Pero la diferencia tiene raíces mucho más profundas. Nace de ver al capital mismo desde perspectivas muy distintas.

La primera posición adhiere a una teoría fuertemente difundida hoy día entre los críticos del modo de producción capitalista. Esta teoría sostiene que el modo de producción capitalista sólo se sostiene en la imposición de una relación social de dominación sobre los sujetos sociales a los que fuerza a reproducir su vida a través de la mediación del trabajo abstracto representado en el dinero. El estado y la ley se conciben como otras tantas formas de esta imposición.

Desde este punto de vista, la existencia actual del modo de producción capitalista no tiene más razón de ser que la mediación de la “lógica” que el capital fuerza en la determinación de los sujetos sociales como tales. Con lo cual, el enfrentamiento con el poder constituido aparece como teniendo por contenido la autoafirmación de una subjetividad abstractamente libre por sobre la subordinación a la mediación capitalista.

La perspectiva cambia radicalmente cuando enfrentamos a la formación económica de la sociedad como un proceso histórico natural.¹⁰ La historia natural humana es la historia de la transformación de las condiciones materiales de la vida social mediante el trabajo. El desarrollo del ser humano como sujeto histórico no es sino el desarrollo de su capacidad para actuar consciente y voluntariamente sobre el resto de la naturaleza, a fin de transformarlo en un medio para sí. En otras palabras, es el desarrollo de la condición como sujeto de la producción, o sea, de la subjetividad productiva humana. Este desarrollo es el único punto de partida concreto materialista, y por lo tanto científico,¹¹ para producir la conciencia respecto de cualquier movimiento histórico.

El modo de producción capitalista empieza por disolver toda organización general directa del trabajo social basada en las relaciones de dependencia personal. Le da así a cada fragmento especial de éste la forma concreta de trabajo privado realizado con independencia

¹⁰ Marx, Carlos, *El capital*, T. I, Fondo de Cultura Económica, México, 1973, p. XV.

¹¹ Marx, Carlos, *ibid.*, p. 303.

respecto de los demás. La asignación de la capacidad total de trabajo de la sociedad bajo sus distintas formas concretas útiles se organiza entonces mediante un sistema autónomo. Al ser realizado de manera privada e independiente,¹² el trabajo abstracto socialmente necesario - simple gasto productivo de cuerpo humano cualquiera sea la forma concreta en que se lo realice¹³ y, como tal, condición natural para la vida humana cualquiera sea la modalidad social que rijan a ésta¹⁴ - adquiere una forma social históricamente específica. Una vez materializado en sus productos, aparece representado como la aptitud de éstos para relacionarse entre sí en el cambio, poniendo así en relación social a sus propios productores privados e independientes.¹⁵ Esto es, se representa como el valor que determina a los productos del trabajo social realizado privadamente como mercancías.¹⁶

Necesitada de producir valor, la libre conciencia y voluntad individual del productor que organiza privada e independientemente su trabajo se encuentra sujeta a una determinación que le es históricamente específica. Debe someterse a la necesidad que le impone la forma de valor tomada por su propio producto material. Debe actuar como personificación de su mercancía. El productor de mercancías se encuentra libre de toda servidumbre personal porque es el sirviente de las potencias sociales de su producto. Así como la voluntad del productor tiene pleno dominio sobre el ejercicio privado e independiente de su trabajo individual, se encuentra sometida por completo a las potencias sociales del producto de este trabajo. Desde el punto de vista de la participación del productor privado e independiente en el trabajo social, su conciencia y voluntad sólo cuentan en cuanto él personifica las potencias de su mercancía. La potencia productiva de su trabajo social se enfrenta a los propios productores como una potencia que les es ajena, como una potencia encarnada en sus mercancías. La conciencia y voluntad libres del productor de mercancías son las formas concretas en que existen su conciencia y voluntad enajenadas.

La producción social no tiene ya por objeto inmediato la producción de valores de uso, sino la producción de la relación social general misma, la producción de valor. Y la producción de valor tiene su forma acabada en la valorización del valor mismo, o sea, en la producción de plusvalía. El producto material del trabajo social portador de la relación social general, se convierte así en el sujeto mismo de la producción y el consumo sociales, en capital.

Como individuos libres e independientes, los obreros asalariados entran en relación social general como personificaciones de la única mercancía de que disponen para vender, su fuerza de trabajo. Por lo tanto, la clase obrera no puede tener más potencias revolucionarias históricamente específicas que las que les da su propia relación social general, o sea, la producción de plusvalía. Puesto del derecho, la historia de la producción de plusvalía es la historia de la producción de las potencias revolucionarias materiales de la clase obrera y, por lo tanto, de su conciencia y voluntad revolucionarias.¹⁷

Pero no se trata simplemente del desarrollo de la subsunción formal del obrero en el capital, como parece al invertir las determinaciones de la lucha de clases. A través de la producción de plusvalía relativa, el obrero se encuentra realmente subsumido en el capital.¹⁸ Aun como clase obrera y en su proceso de consumo individual, el obrero es atributo del

¹² Marx, Carlos, *íbid.*, pp. 9-10.

¹³ Marx, Carlos, *íbid.*, pp. 5-6, 11 y 13.

¹⁴ Marx, Carlos, *íbid.*, p. 37.

¹⁵ Marx, Carlos, *íbid.*, pp. 37-38.

¹⁶ Marx, Carlos, *íbid.*, pp. 5-6.

¹⁷ "No se trata de saber lo que tal o cual proletario, o aun el proletariado íntegro, se propone momentáneamente como fin. Se trata de saber lo que el proletariado es y lo que debe históricamente hacer de acuerdo a su ser". Marx, Carlos en Carlos Marx y Federico Engels *La sagrada familia, o crítica de la crítica crítica*, Buenos Aires, Editorial Claridad, 1971, p. 51.

¹⁸ Marx, Carlos, *El capital*, op. cit., pp. 426-27.

capital,¹⁹ que los produce y reproduce como seres humanos, o sea, como poseedores de conciencia.²⁰ Tanto, que hasta rige la ley de su reproducción biológica.²¹ Bajo la apariencia propia de la circulación de las mercancías de tratarse de una conciencia libre, la conciencia y voluntad del obrero no tiene otra determinación que el ser la forma concreta necesaria de la enajenación de las potencias del trabajo humano como potencias del capital; o sea, de su propia relación social general objetivada que se ha convertido en el sujeto concreto enajenado de la vida social.

En pos de producir plusvalía relativa, el capital revoluciona constantemente las condiciones materiales de producción. Tanto que, con el desarrollo del sistema de la maquinaria, revoluciona la naturaleza misma del trabajo. Este deja de *consistir esencialmente en la aplicación de la fuerza humana de trabajo sobre su objeto para transformarlo. Pasa a tener su eje en la aplicación de la fuerza humana de trabajo al control científico de las fuerzas naturales y a la objetivación del mismo como un atributo de la maquinaria, de modo de hacer actuar automáticamente a las fuerzas naturales sobre el objeto para transformarlo.*²² De modo que, *el productor de mercancías es un individuo colectivo, formado por obreros doblemente libres - en el sentido de no estar sometidos al dominio personal de nadie y de estar separados de los medios de producción necesarios para producir su vida por su cuenta -, que realiza su trabajo de manera privada e independiente. Como tal productor privado independiente tiene dominio pleno sobre su proceso individual de trabajo en tanto sujeto colectivo pero carece de todo control sobre el carácter social general del mismo. Por ello, debe someter su conciencia y voluntad de colectivo de individuos libres al dominio de las potencias sociales del producto material de su trabajo, el capital: tiene que producir plusvalía. La conciencia y voluntad libres de los miembros del obrero colectivo son la forma concreta de su conciencia enajenada en el capital.*²³

La transformación de la naturaleza del trabajo y del productor de mercancías pone en evidencia la razón histórica de existir del modo de producción capitalista: *la transformación de las potencias productivas del trabajo libre individual en potencias productivas del trabajo colectivo conscientemente organizado por el mismo obrero colectivo que lo realiza, bajo la forma contradictoria del desarrollo del trabajo social como trabajo privado.*²⁴ Esta socialización contradictoria tiene por forma necesaria la centralización del capital. La acción revolucionaria de la clase obrera es la forma concreta necesaria en que la referida revolución constante en la materialidad de los procesos de trabajo - que al mismo tiempo implica su socialización directa - desarrolla su necesidad de organizarse como una potencia directamente social que trascienda los límites de su forma privada capitalista. Por lo tanto, esta acción revolucionaria es la forma concreta necesaria en que el modo de producción capitalista realiza su necesidad histórica de superarse a sí mismo en su propio desarrollo, engendrando la organización consciente general de la vida social.

El curso de este proceso no pasa por la abstracta posibilidad de que la clase obrera le de la espalda a su propio ser social y a las potencias revolucionarias de las que es portadora, en nombre de la abstracta libertad propia de la circulación. Esta supuesta acción implica, en verdad, la pretensión de volver a la enajenación del trabajo productor de mercancías carente de las potencias históricas del modo de producción capitalista (de ahí la fascinación con los clubes de trueque y la pequeña producción).

¹⁹ Marx, Carlos, *íbid.*, p. 482.

²⁰ Marx, Carlos, *íbid.*, p. 487.

²¹ Marx, Carlos, *íbid.*, pp. 534 y 544.

²² Iñigo Carrera, Juan, *El capital: Razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia*, op. cit., capítulo

1.

²³ Iñigo Carera, Juan, *íbid.*

²⁴ Iñigo Carera, Juan, *íbid.*

El curso pasa por que la clase obrera tome en sus propias manos su relación social general enajenada, o sea, se apropie del capital social. Cosa que sólo puede hacer centralizando el capital como propiedad del estado.²⁵ Y si el estado nacional le queda obviamente chico, la acción política de la clase obrera en pos de la socialización absoluta del trabajo privado debe apuntar necesariamente a la superación de los estados nacionales en el estado mundial que centralice la totalidad del capital social mundial. La negativa ideológica a tomar el poder del estado en tanto representante político del capital social, tan de moda hoy día, no es expresión de la potencia de un movimiento social para superar el capitalismo. Lo es de su impotencia para hacerlo.²⁶

La negación a la clase obrera argentina de sus potencias históricas genéricas

La ilusión acerca de que la consigna "que se vayan todos" podría haber sido desarrollada mediante la acción política inmediata hasta convertirla en la conciencia de la clase obrera argentina respecto de su necesidad histórica de superar al capitalismo cae en la más cruda inversión idealista. La clase obrera no tiene más relación social general que la acumulación de capital. Esta es la que le determina su propio ser social como sujeto revolucionario. De modo que las potencias históricas de la clase obrera no brotan de manera exterior a la acumulación misma, como si fueran la abstracta negación de ésta. Por el contrario, la clase obrera sólo puede superar al capitalismo porque éste le impone tomar en sus manos la realización de su propia razón histórica específica de existir.

Pero, en oposición a la potencia histórica genérica del modo de producción capitalista, la acumulación de capital se ha desarrollado en la Argentina en base a la exclusión del país de la operación del capital industrial con la escala requerida para participar activamente en el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad. Hacia ella ha fluido una masa extraordinaria de riqueza social bajo la forma de renta diferencial de la tierra agraria. Pero en vez de transformarla en un capital concentrado en la escala demandada por ese desarrollo, el capitalismo argentino la ha despilfarrado alimentando capitales cuya misma existencia implica retroceder en él. En primer lugar, ha alimentado a los pequeños capitales, incapaces ya de poner en acción la productividad normal del trabajo por la insuficiencia de su monto. En segundo lugar, ha alimentado a los capitales de monto normal en su escala mundial pero que se fragmentan como pequeños capitales para operar en el país, liberados así de su necesidad genérica de desarrollar la productividad del trabajo para valorizarse. En tercer lugar, ha alimentado al capital concentrado como propiedad del estado, pero al cual se le niega toda posibilidad de valorizarse del modo normal que corresponde a su escala por estar su existencia puesta al servicio de los dos tipos de capital anteriores. Por lo tanto, este despilfarro ha llevado en sí la negación del desarrollo histórico de las fuerzas productivas de la sociedad que le cabe al modo de producción capitalista.

La reproducción de la especificidad

Durante el último cuarto de siglo la acumulación de capital en la Argentina ha reproducido su base específicas recurriendo a fuentes tan precarias como el endeudamiento externo desaforado y la malversación de las empresas públicas, y tan infames como la acelerada miseria de la clase obrera. Poco precio, sin duda, para capitales que por su concentración podrían llegar a producir desde el país en la escala correspondiente al mercado

²⁵ Marx, Carlos y Federico Engels, *El manifiesto comunista*.

²⁶ Iñigo Carera, Juan, *ibid.*, capítulo 3.

mundial pero que así perderían la ventaja que han venido obteniendo, al valorizarse en base a la especificidad actual. Dejarían de contar con un proceso nacional de acumulación que les permitiera convertir su chatarra en capital que puede valorizarse, incluso, a una tasa extraordinaria de ganancia. Dejarían de contar con un proceso nacional de acumulación que les permitiera convertir su chatarra en capital que puede valorizarse, incluso, a una tasa extraordinaria de ganancia. Porque, dejando de lado las fantasías acerca del papel revolucionario de la burguesía nacional, dichos capitales son los que pueden alcanzar la escala en cuestión. A lo sumo, los genuinos pequeños capitales locales pueden llegar a constituirse en sus apéndices como agentes de la más brutal explotación de la fuerza de trabajo y fuentes de plusvalía extraordinaria. Sólo ante el agotamiento absoluto de esta fuente de valorización que los libera de los costos implicados por el desarrollo de las fuerzas productivas, los capitales que operan con una escala normal en otros países podrían tener interés en convertir a sus fragmentos locales en masas concentradas en esa escala. Después de todo, bien podrían haber hecho esta conversión durante la última década presionando por la eliminación de la sobrevaluación del peso, en vez de festejar a ésta como condición "naturalmente" determinada por "el mercado". Pero no, ni siquiera el brutal abaratamiento del costo laboral en dólares con la devaluación les ha resultado suficientemente tentador como para revertir sus bases de valorización; apenas si está significando poco más que un veranito para la "sustitución de importaciones". Ocurre que fuerza de trabajo barata pueden conseguir en muchos lados, acumularse a contrapelo de su papel histórico en la magnitud con que lo hacen en la Argentina, no.

Además es oportuno recordar las dos determinaciones de la tendencia decreciente de la renta de la tierra agrarias. Por una parte, se encuentra el desarrollo sostenido de la capacidad productiva del trabajo agrario en base a su independencia respecto de los condicionamientos naturales diferenciales. De modo que el avance en el control de los procesos biológicos continuará acentuándola. Pero, por otra parte, esa tendencia ha correspondido a una fase singularmente larga de la acumulación mundial de capital caracterizada por la postergación de la crisis de superproducción general mediante la expansión del capital ficticio. A la par, la acumulación mundial de capital ha recurrido al abaratamiento de la fuerza de trabajo mediante su diferenciación internacional según los grados de complejidad correspondiente a cada porción de los procesos de producción. Ambos factores han atenuado la necesidad del capital de revolucionar constantemente las condiciones materiales de producción para acumularse en base a la apropiación de plusvalía relativa. Pero, de este modo, el capital se ha liberado relativamente de su necesidad histórica a expensas de entorpecer su propia acumulación. La acumulación mundial más lenta y sobre la base de una fuerza de trabajo abaratada en base a su diferenciación internacional y no al incremento de la productividad del trabajo, se ha reflejado en el crecimiento también más lento de la demanda por mercancías agrarias y, de ahí, ha afectado negativamente la renta de la tierra. Si esta fase de la acumulación mundial se revirtiera - previo paso por una catastrófica crisis de superproducción general manifiesta que abriera el curso a un salto violento en la productividad del trabajo - la renta de la tierra agraria podría recuperar su antigua masa. Podría incluso alcanzar niveles inéditos; en particular si la nueva fase expansiva se abriera bajo la forma concreta de un proceso bélico generalizado, como ocurriera en ocasiones anteriores. Lo mismo podría ocurrir si las condiciones naturales a nivel global se movieran de manera particularmente favorable para la producción argentina.

El capital que se beneficia con la especificidad actual del proceso nacional de acumulación va a estirar la reproducción de la misma hasta sus últimas consecuencias. No hay que pasar por alto que, con tendencia decreciente y todo, la renta de la tierra agraria apropiada por el capital industrial en 2001 todavía triplica la obtenida en el promedio del período 60/71 y representa poco más del 40% de la plusvalía total apropiada en el sector agrario. La perspectiva de que la economía argentina pase de inmediato a producir mercancías en general

para el mercado mundial difícilmente pase de ser la siempre renovada ilusión de que, ésta vez sí, se va a alcanzar la tierra prometida, por cuyo medio se regenera la misma especificidad que niega la posibilidad de esa producción.

La regeneración del Mercosur no pasa de ser el modo de extender la reproducción de la misma especificidad sobre una doble base. Por un lado, se trata de contar con un mercado relativamente restringido pero ampliado por encima del interno y, por el otro, abaratar el abasto a los capitales que producen en escala restringida al importar mercancías producidas en la escala mayor con que operan los capitales en Brasil. Por su parte, el ingreso al ALCA significa, lisa y llanamente, la misma reproducción mediante una acelerada multiplicación de la población obrera sobrante para el capital.

Con todo, la reproducción de la forma específica que tiene actualmente la acumulación de capital argentina puede hasta llegar circunstancialmente a erigir a la clase obrera nacional en su representante político general, codo a codo con la pequeña burguesía. Esto podría ocurrir si, por ejemplo, dicha reproducción necesitara tomar forma concreta en el repudio directo de la deuda externa. El capital industrial y comercial que actúa en el país con una escala insuficiente para desarrollar las fuerzas productivas convertiría así a la clase obrera y a la pequeña burguesía local en su fuerza de choque para enfrentarse al capital prestado a interés desde el exterior. Lo mismo podría ocurrir si la renta de la tierra experimentara un alza explosiva. O si la reproducción en cuestión tuviera por condición el avance extremo del capital fragmentado sobre la parte de la renta apropiada por los socios parasitarios de éste, o sea, los terratenientes. Todos estos casos no harían sino reproducir la limitación específica que el proceso nacional de acumulación de capital impone al desarrollo de las fuerzas productivas que lleva consigo la superación del modo de producción capitalista. Sin embargo, al tener a la acción política de la clase obrera por agente inmediato, esta reproducción hasta llegaría a presentarse ideológicamente invertida bajo la apariencia de ser la realización misma de esa superación, o sea, el triunfo de una revolución socialista.

Pasadas estas fases críticas de regeneración de su base específica, la acumulación de capital en el país volvería a imponer a los agentes directos del capital fragmentado como sus representantes políticos generales. Y la clase obrera pasaría a reproducirse bajo las condiciones determinadas por esa regeneración. Estas podrían ser más o menos favorables, pero siempre implicarían la inmediata exclusión de la clase obrera argentina de participar activamente en el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad y, en última instancia, su paso específicamente acelerado a la condición de sobrante para el capital.

Por su parte, considerado de manera inmediata, el agotamiento absoluto de la especificidad anterior parecería no encerrar más potencialidad que una nueva contracción de la actividad económica nacional. Esta se reduciría, ahora de manera pura, a la producción de mercancías agrarias y energéticas en las que las condiciones naturales diferenciales permiten alcanzar una productividad del trabajo suficiente para acceder al mercado mundial. A esta actividad primaria sólo se agregarían aquellas que técnica y comercialmente es imprescindible realizar en el país para que la misma pueda desarrollarse de manera normal. Con lo cual, el cambio en la especificidad de la acumulación de capital resultaría esencialmente en la aceleración del paso de la población obrera argentina a la condición de sobrante para las necesidades del capital. Fuera de su condición como simple proveedor de materias primas para el mercado mundial, el proceso argentino de acumulación de capital se sumaría así a aquellos que se encuentran específicamente determinados en la división internacional del trabajo como reservorios de población obrera sobrante consolidada. Se trataría de la pesadilla realizada del sueño premonitorio de Martínez de Hoz de una Argentina con lugar sólo para trece millones de habitantes (hoy, sin duda, menos aún).

La potenciación específica del proceso nacional de acumulación de capital por la acción política de la clase obrera

¿Quiere decir esto que la clase obrera argentina está condenada a la impotencia de observar cómo el capital le va arrancando paso a paso el ejercicio de su ser genérico humano al consolidarla crecientemente como población sobrante? ¿Quiere decir que debe resignarse a que sus potencias históricas se hayan reducido a la resistencia que puede oponerle a este proceso para hacerlo lo más lento posible y paliar sus consecuencias inmediatas? ¿Quiere decir que, en consecuencia, no puede aspirar a ejercer más proyección histórica que impedirle con esta resistencia al capital liberarse aún más de desarrollar las fuerzas productivas de la sociedad mediante la acelerada caída del salario por debajo del valor de la fuerza de trabajo?

¡Todo lo contrario!

El modo de producción capitalista mismo ha puesto a disposición de la clase obrera argentina una posibilidad específica para revertir su determinación actual, superando así su caída acelerada en la condición de sobrante. Se trata de que ella tome conscientemente en sus manos el ejercicio de las potencias que genéricamente le corresponden como personificación del desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad. Pero no se trata de una potencia abstracta, ni mucho menos de una que brota de su sola conciencia. Por el contrario, ella brota de la determinación de la conciencia de la clase obrera como atributo enajenado en el capital. Porque se trata de oponerle a la fuerza que tiene la acumulación del capital en base a liberarse del desarrollo de su papel histórico, la fuerza arrolladora que tiene la acumulación de capital cuando sí cumple con ese papel. Más aún, cuando esta acumulación portadora del desarrollo de las fuerzas productivas sociales puede alimentarse de una fuente de plusvalía extraordinaria de la magnitud de la renta de la tierra agraria (y, ahora, también de la tierra que contiene fuentes de energía) argentina.

La transformación de la renta de la tierra en un capital capaz de participar activamente en el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad actuando como productivo desde el ámbito nacional sólo puede realizarse mediante la concentración del mismo en la escala requerida para competir en el mercado mundial. Y esta concentración del capital tiene por condición su transformación en una propiedad directamente social al interior del país, o sea, en un capital de propiedad del estado nacional. De modo que la transformación en cuestión sólo puede realizarse bajo la forma política concreta de la abolición de la clase capitalista misma, dentro del ámbito nacional. O, lo que es lo mismo, sólo puede realizarse bajo la forma política concreta de una revolución social que transforme a la clase obrera de cuyo plustrabajo se va a nutrir el capital concentrado, en propietaria colectiva de éste bajo la forma jurídica de capital estatal.

La primera barrera con que choca la posibilidad de esta acción política de la clase obrera argentina radica en la propia determinación de ésta. La clase obrera argentina es producto de la forma nacional específica que toma la acumulación de capital. Con lo cual tiene a la reproducción de esa especificidad determinada, desde el vamos, como condición para su propia reproducción como clase obrera en activo. La potencialidad histórica que la clase obrera ha perdido al encontrarse con su reproducción y su misma génesis sujeta a la forma específica seguida por la acumulación de capital en la Argentina ha sido, precisamente, el tomar en sus manos el proceso de transformación de la renta en capital concentrado. La forma específica tomada por la acumulación de capital en la Argentina no sólo ha privado a la clase obrera nacional de las potencias históricas que genéricamente le corresponden en cuanto personificación directa del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad. Le ha condicionado, además, sus potencias específicas para superar esa privación misma.

La suerte seguida por la potencialidad histórica de la clase obrera argentina se ha expresado acabadamente en la mediación de la organización sindical en su organización

política. La realización por la clase obrera argentina de su potencialidad genérica sólo podría tomar forma concreta en su acción política independiente, a la cual se subordinarían las condiciones de su reproducción inmediata y, por lo tanto, su lucha sindical. Por el contrario, la esterilización de esa potencialidad ha tomado forma concreta en la subordinación de la acción política independiente de la clase obrera a las condiciones de su reproducción inmediata subsumida en la especificidad del proceso nacional de acumulación y, por lo tanto, a su lucha sindical. Pero, ahora, la reproducción de la especificidad del proceso de acumulación de capital reproduce a una porción cada vez menor de la clase obrera argentina como una clase obrera en activo. Dicha reproducción ha engendrado pues la base para que la acción política independiente de la clase obrera se haya tornado en la condición inmediata para su reproducción en activo y, por lo tanto, pueda subordinar a ella su acción sindical.

La segunda barrera reside en que, aun en caso de apropiarse simplemente del capital industrial que valoriza con su trabajo impago, la clase obrera argentina se encontraría con que todo lo que ha logrado expropiar de los expropiadores es un capital cuya composición técnica corresponde a una escala restringida que impide su valorización normal. No debe confundirse la transformación en cuestión con la mera conversión del capital existente en propiedad directamente social al interior del ámbito nacional para continuar con su acumulación. Ambas aparecen teniendo la misma forma política de realizarse: una revolución social en la que la clase obrera nacional expropie a la clase capitalista el capital que se valoriza en el país. Pero la primera presupone que hasta la forma material de buena parte del mismo se convierta en lo que ya efectivamente es desde el punto de vista de la esencia mundial de la acumulación, chatarra. Por el contrario, la segunda aspira a extenderle aún más su vida como capital productivo, poniendo a disposición de su reproducción en una escala restringida al mercado interno una masa adicional de renta de la tierra, o la plusvalía realizada en el país y actualmente girada al exterior. De modo que, mientras la primera tiene en su base la transformación del proceso nacional de acumulación de capital en agente activo del desarrollo general de las fuerzas productivas, la segunda tiene en su base la reproducción de la limitación específica a este desarrollo hoy presente. La primera apunta a transformar las bases mismas sobre las que la clase obrera argentina puede reproducir su condición de activa. La segunda limita su alcance a mitigar las formas atroces y a hacer más lento el retroceso de la clase obrera argentina a la condición de sobrante, provocado por la misma especificidad del proceso de acumulación de capital que ella reproduce. Por eso, la producción de la conciencia y voluntad que personifique a la primera, parte de reconocer que la esencia mundial de la acumulación de capital se realiza necesariamente diferenciando el papel jugado por los ámbitos nacionales en los que toma forma concreta. Por el contrario, la segunda necesita cultivar la apariencia de que todo ámbito nacional es potencialmente capaz de desarrollar por sí mismo los atributos históricamente progresivos de esa esencia mundial. Más aún, necesita ocultar esta inversión apologética, presentando a la transformación del capital en propiedad directamente social al interior de cada ámbito nacional de acumulación como si fuera la superación misma del modo de producción capitalista. Con lo cual, necesita partir de creer que es un cambio en la conciencia de la clase obrera el que va a transformar sus condiciones materiales de vida. Esta inversión idealista oculta que la transformación de las condiciones de vida materiales de la clase obrera - causada a su vez por la transformación en los atributos materiales de la fuerza de trabajo requerida por el avance en la transformación de las fuerzas productivas del trabajo libre individual en fuerzas productivas del trabajo colectivo científicamente organizado por el propio obrero colectivo que lo realiza - es la que toma necesariamente forma concreta de conciencia revolucionaria de la clase obrera.

La posibilidad de transformar la base misma del proceso argentino de acumulación de capital se encuentra sujeta a una condición esencial. Con su centralización absoluta al interior de un ámbito nacional del tamaño del argentino, el capital multiplicaría su potencia para

vender en el mercado mundial. Sin duda, esta potencia se ubicaría por encima de la de los capitales fragmentados en montos intencionalmente insuficientes como para estar a la vanguardia en el desarrollo mundial de la productividad del trabajo. Con más razón, lo mismo ocurriría respecto de los pequeños capitales de menor monto aún que el de esos fragmentos. Pero la cuestión no pasa aquí por superar la impotencia de estos capitales restringidos. Lo que está en juego es si la escala que puede alcanzar el capital mediante esa centralización, aun con el agregado a su capacidad de acumulación del flujo íntegro de plusvalía extraordinaria recibido bajo la forma simple de renta de la tierra, resulta hoy día suficiente para alcanzar el grado y la forma de concentración necesarios para competir en el mercado mundial. Porque allí, los mismos capitales que al interior de la Argentina actúan como capitales de monto particularmente restringido, actúan con la escala propia de capitales cuya concentración ha pasado por encima de toda restricción nacional. Más aún, cuentan a su favor con la explotación de la diferenciación internacional del precio de la fuerza de trabajo. Lo que para el capital centralizado sobre una base nacional se presenta como el límite a la escala de su acumulación, para estos capitales es una fuente que la multiplica.

El contestarse acerca de si la centralización del capital como propiedad directamente social al interior del ámbito nacional conserva actualmente la potencialidad en cuestión, o si la ha perdido de manera permanente o circunstancial, es la forma concreta de contestarse acerca de si la reproducción del proceso argentino de acumulación de capital ha agotado o no su especificidad, desde el punto de vista propio de la clase obrera. Es, por lo tanto, el primer paso a dar en el desarrollo de la acción revolucionaria de la clase obrera argentina que tome conscientemente en sus manos la realización de las potencias que genéricamente le pertenecen.

Sólo si se llegara a la conclusión de que esa potencialidad no existe, cobraría sentido para la acción política de la clase obrera argentina la centralización del capital como propiedad directamente social dentro del ámbito nacional manteniendo las bases específicas de su acumulación, con el objeto de mejorar las condiciones del paso entonces inevitable de esa clase a la condición de sobrante y postergarlo en el tiempo. Y sólo si se llegara a la conclusión de que ni siquiera existe esta potencialidad limitada para cambiar el modo de propiedad a fin de reproducir la forma específica de la acumulación del capital en la argentina, cobraría sentido para la acción política de la clase obrera argentina tener por eje el limitarse a enfrentar a los capitales fragmentados a fin de arrancarles, cuando no meramente negociar con ellos, la concesión de las mejores condiciones posibles para la reproducción de esa clase obrera en el espacio cada vez más reducido que le deja la reproducción de esos capitales.

Podría parecer que en la exposición de estos tres posibles ejes para la acción política autónoma de la clase obrera argentina hemos ido pasando de la posibilidad más abstracta a la más concreta. Pero, bien mirada, la cosa es exactamente a la inversa. Porque la primera posibilidad encierra una modificación radical de la conciencia y voluntad de dicha clase, sobre la base de la revolución en las condiciones materiales de su trabajo, que expresa la potencialidad histórica genérica del modo de producción capitalista. Y es esta revolución técnica la que tiene al cambio en las relaciones de propiedad por forma necesaria de organizarse socialmente. La segunda, presupone un cambio en esa conciencia y voluntad sin mediar cambio alguno en las condiciones materiales mismas del trabajo de la clase obrera. Sólo cabe en este caso la mediación de un cambio en las relaciones de propiedad. Y éste no se engendra como expresión de la potencialidad que adquiere el capital que se reproduce en el país al ser forzado a cumplir con su papel histórico genérico, sino como expresión de una abstracta capacidad de la clase obrera para regir de manera directa las condiciones de su reproducción a contrapelo de la relación social general que rige la vida humana en el modo de producción capitalista. La tercera posibilidad presupone un cambio en la conciencia y

voluntad de la clase obrera argentina sin encerrar cambio alguno, no ya en las condiciones materiales de su trabajo, sino siquiera en el modo en que éste se encuentra regido socialmente por las relaciones de propiedad. Es decir, presupone ese cambio de conciencia y voluntad presuponiendo, al mismo tiempo, la reproducción inalterada de todas las condiciones que la producen en su estado actual. O sea, que la producen con la impotencia que tiene actualmente para resistirse al retroceso constante que le impone la reproducción de la especificidad actual del proceso nacional de acumulación de capital. La posibilidad del cambio en la conciencia y voluntad de la clase obrera argentina aparece así como el producto de la abstracción absoluta de ésta respecto de sus propias determinaciones.

Sobre las condiciones concretas y urgencia de la transformación revolucionaria del proceso nacional de acumulación de capital

Sin necesidad de contestarnos acerca de si la centralización del capital como propiedad directamente social dentro de la Argentina puede poner a éste en condiciones de competir en el mercado mundial produciendo mercancías en general, saltan a la vista una serie de condiciones que no hacen ya a la esencia de la transformación en cuestión, sino a la forma de la misma. Esa centralización tendría por efecto inmediato, aun antes de que pudiera expresar su propia potencialidad, la pérdida para los capitales fragmentados, no sólo de la plusvalía que sostiene espuriamente su acumulación, sino de la acumulada como capital mismo. A su resistencia violenta ante esta pérdida, se sumaría inevitablemente la violencia ejercida en su defensa por los estados nacionales de donde provienen. Más aún cuando esa expropiación no haría más que anunciar la presencia de un nuevo competidor para esos capitales, no ya en cuanto ellos actúan fragmentados al interior de un ámbito nacional, sino en cuanto producen desde otros países para el mercado mundial. La violencia que ejercerían estos estados nacionales no constituye una mera posibilidad sino una condición inevitable, aun en el caso de que fuera un partido de la clase obrera el que detentara la representación política general de la acumulación de capital localizada en esos ámbitos nacionales. Todavía la fragmentación nacional a través de la que se realiza la esencia mundial del proceso de acumulación, tiende a ligar a cada clase obrera nacional con la reproducción del capital que directamente la explota, por encima de su solidaridad internacional como clase cuyo trabajo es el ejecutor del desarrollo de las fuerzas productivas sociales. Pero, además, el capital fragmentario movilizaría a su favor a la parte de la clase obrera argentina que mantiene en activo, bajo la amenaza de la pérdida de las condiciones que la reproducen inmediatamente como tal. Y otro tanto ocurriría con la clase obrera ocupada por los simples pequeños capitales todavía subsistentes, ya que la centralización de la renta también haría sonar la hora final de éstos. De modo que el mismo capital cuya reproducción despoja a la clase obrera argentina de su potencialidad genérica para desarrollar las fuerzas productivas sociales, acabaría políticamente representado por buena parte de esa clase en su enfrentamiento con la parte de la misma que encabezara la centralización de la renta como capital público. Y no sólo buena parte, sino en particular la que, por estar en activo, tendría directamente en sus manos la producción social en curso y, por lo tanto, la materialmente más próxima al dominio necesario para revolucionar la base técnica de la misma.

La propia extensión en el tiempo de la reproducción del proceso nacional de acumulación en base al despilfarro de la renta ha ido erigiendo una triple barrera a la transformación del mismo en un agente efectivo del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad. En primer lugar, a la tendencia a la contracción absoluta de la renta a partir de mediados de la década de 1970, se le suma la disminución relativa de su flujo anual frente a las concentraciones crecientes de capital necesarias para poner en acción la productividad del

trabajo requerida para acceder al mercado mundial. En segundo lugar, otro tanto ocurre respecto de la masa creciente de capital necesaria para que la clase obrera argentina escape a la condición de sobrante. En tercer lugar, la fase en que la acumulación de capital imponía la producción de un obrero que tendía hacia la universalidad indiferenciada, ha dado por el momento curso a la actual fase de diferenciación creciente de las fuerzas de trabajo que componen al obrero colectivo que integra la producción de una mercancía. Y esta diferenciación se da de patadas con la forma política que requiere la centralización del capital como propiedad directamente social al interior del ámbito nacional.

Pero, ahora, la prolongación en el tiempo de la reproducción de la forma específica tomada por la acumulación de capital en la Argentina ha comenzado a generar una nueva barrera a la transformación progresiva de su naturaleza. Cuanto más pasa la clase obrera argentina a la condición estancada y consolidada de sobrante, más pierde los atributos subjetivos que la permiten desplegar un trabajo complejo, intenso y con la capacidad productiva correspondientes a la vanguardia del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad. Con lo cual, más se ven despojados sus miembros de la posibilidad de avanzar en el control consciente de su propio trabajo social. Avance que aquí es la condición de partida, no ya genéricamente para la superación del modo de producción capitalista mismo, sino para la mera transformación del proceso nacional de acumulación de capital en un participante activo en el curso de esa superación, a partir de su condición actual de retardatario del mismo.

Al mismo tiempo, el continuo desarrollo técnico de la productividad del trabajo agrario se centra en independizar crecientemente a ésta de su subordinación a condicionamientos naturales no controlables por el capital. Con lo cual su avance lleva consigo la potencialidad de extinguir las fuentes mismas de la renta diferencial que hoy se apropia en la economía argentina. De hecho, en producciones como la avícola o algunos cultivos, ya no existe condición natural alguna que permita ejercer un trabajo más productivo que el que se realiza aislando esas producciones del medio natural. Por su parte, los pronósticos acerca de la disponibilidad en el tiempo de las reservas nacionales de petróleo y gas tampoco prometen un horizonte prácticamente ilimitado. De más está decir que el agotamiento de la renta de la tierra agraria y con fuentes de energía quitaría a la clase obrera argentina toda potencialidad específica respecto del desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad. Más aún, haría parecer optimistas aun a las más desgraciadas de las alternativas que hemos considerado con anterioridad.

De ahí la urgencia que tiene para la clase obrera argentina el determinar si entre las potencias de su acción política se encuentra la de realizar la transformación de la especificidad del proceso nacional de acumulación de capital. Si efectivamente descubre que posee tal potencia, con este descubrimiento mismo habrá dado el primer paso necesario en el curso de su realización. Se trata, por lo tanto, de producir la conciencia científica acerca de las condiciones concretas de la transformación en cuestión. No de producir la conciencia ideológica que exprese la reproducción de la especificidad de la acumulación argentina de capital cuya existencia contrarresta el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad, bajo la apariencia de ser la superación hasta de la forma capitalista misma de este desarrollo. Tal la acción política necesariamente colectiva que cabe a los trabajadores intelectuales críticos del capitalismo en la Argentina y, más concretamente, el punto de arranque de la del partido político de la clase obrera argentina que exprese sus intereses generales de clase.

El internacionalismo como condición para la reproducción inmediata de la clase obrera argentina

La sola magnitud de la transformación social en potencia hace evidente que la misma no puede tener lugar restringida a la Argentina, sino que necesita tomar la escala de una transformación que alcance íntegra a toda la clase obrera de América Latina. Cosa que no tiene nada de sorprendente si se considera que la acumulación de capital presenta, en la generalidad de ella y más allá de la particularidad introducida por el NAFTA respecto de México, la misma especificidad que en la Argentina. Ni siquiera Brasil constituye una excepción; sólo que su tamaño y ciertas peculiaridades históricas le permiten disimular las consecuencias de tal modalidad de acumulación, como ocurría con la Argentina respecto de otros países Latinoamericanos décadas atrás.²⁷

Más aún, en el último cuarto de siglo, la acumulación de capital se ha visto alimentada por la explotación de las diferenciaciones nacionales en que toma forma su unidad mundial. Los capitales multiplican su capacidad de acumulación localizando nacionalmente cada etapa de su producción y circulación en base a los atributos diferenciales que la misma separación entre naciones permite establecer respecto del precio de la fuerza de trabajo, la complejidad, la productividad, la intensidad y la duración de la jornada de éste. Pero esta modalidad no sólo le permite al capital multiplicar su valorización, sino que puede hacerlo retrocediendo en su papel histórico del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad a través de producir un obrero con atributos productivos y necesidades universales. Al mismo tiempo, es la base sobre la cual el capital acelera la multiplicación de la población obrera sobrante en el mundo; con lo cual multiplica también esta acumulación a contrapelo de la historia al pagar la fuerza de trabajo por debajo de su valor.

En vez de perder el tiempo rasgándose las vestiduras clamando contra las desgracias de la "globalización" del capital, a la acción política de la clase obrera sólo le queda un camino abierto hacia adelante: ubicarse nuevamente a la vanguardia en el proceso de superación de la fragmentación nacional de la acumulación mundial de capital. Se trata de forzar a éste a avanzar en la formación de estados que tiendan a englobar los actuales procesos nacionales de acumulación que recortan la división internacional del trabajo basada en los diferentes grados de complejidad del mismo y en el asentamiento de la superpoblación obrera. La ampliación de los espacios dentro de los cuales rige la misma "igualdad en el derecho de explotación de la fuerza de trabajo" es, en sí misma, la ampliación de la necesidad de que las condiciones de reproducción de esta fuerza, y de las fuerzas naturales apropiadas por el capital, tomen la forma concreta de la organización consciente directa a través de la lucha de clases. Al mismo tiempo, esta ampliación es condición para forzar al capital a volver a poner en el eje de su acumulación la producción de un obrero cada vez más universal, cuya actividad en el proceso de producción no consista en la aplicación directa de su fuerza de trabajo a la transformación de su objeto, sino al control consciente de las fuerzas naturales aplicadas de manera automática a la realización de esa transformación.

Para la clase obrera argentina, la ampliación de los ámbitos nacionales en el curso de la disolución de los mismos no sólo guarda el interés que genéricamente tiene para toda la clase obrera, sino que tiene un interés específico que hace directamente a su reproducción como clase obrera en activo. No se trata de una cuestión discursiva, sino de una condición material que sólo puede ser producto de la acción política inmediata de la clase obrera.

Ante la magnitud de la tarea, puede parecer más concreto lanzarse a competir por quién propone el mayor aumento hipotético de salarios, el mayor resurgimiento del mercado interno de escala restringida o la más pronta recuperación de los pequeños capitales; o dar por

²⁷ Grinberg, Nicolás, "Acerca de la acumulación de capital en Brasil", CICP, 2003.

sentado que la acumulación de capital es un proceso nacional por su contenido y no por su mera forma; o confiar en las potencias transformadora de la conciencia que se declara a sí misma libre de toda dominación por el capital. Sin embargo, todos estos enfoques parten de hacer abstracción de la forma concreta que toma la vida humana hoy, la acumulación de capital, para poner en su lugar las inversiones ideológicas de las que la misma acumulación se nutre. Hasta la forma más concreta se torna una abstracción en cuanto se la separa de sus determinaciones.

Buenos Aires, agosto de 2003